



---

**“ESPERANZA Y SOLIDARIDAD  
CON LAS VÍCTIMAS” (35-40)**

---

**SALVADOS EN LA ESPERANZA.  
COMENTARIOS A LA ENCÍCLICA DE BENEDICTO XVI SPE SALVI**

**ÁNGEL GALINDO GARCÍA  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA.**

Salamanca, 2008

## 1. Introducción

Tomamos como punto de partida el recuerdo de que la existencia del sufrimiento es una realidad constatable cada día en la pluralidad de dimensiones de la existencia humana<sup>1</sup>. Asimismo, observamos que el hombre se enfrenta cada día al mal y al sufrimiento natural, humano y moral<sup>2</sup>. En el horizonte de esta visión aparece, como penumbra necesitada de luz, la existencia de la muerte, de la enfermedad y del dolor. Como afirma El Concilio Vaticano II, “El enigma de la condición humana se agudiza ante la muerte. El hombre es atormentado no sólo por el dolor y con la progresiva disolución del cuerpo, sino también, e incluso más, con el temor de la extinción para siempre. Rectamente juzga con el instinto de su corazón cuando tiene horror y deshecha la total ruina y definitivo fin de su persona” (GS 18).

Son varias las actitudes iniciales que tenemos en cuenta para ir desbrozando poco a poco la razón de nuestra reflexión sobre el problema de sufrimiento a partir de la encíclica *Spe Salvi* en el horizonte de la existencia del sufrimiento y de la solidaridad con las víctimas que lo padecen. Enumeramos algunos presupuestos introductorios:

1º. Ante la constatación de la realidad del sufrimiento es necesario buscar y ver su sentido al igual que en otras dimensiones de la existencia humana (SS 35).

2º. Creemos que el sufrimiento y la actitud ante él pertenecen al campo de la trascendencia del hombre. Es uno de esos puntos de la vida humana en los que se está llamado a superarse y a no permanecer en él (SS 37).

3º. La ciencia da soluciones a algunas dimensiones del sufrimiento, v.gr. el dolor. Pero no ha alcanzado la dimensión última, ya que a esta cuestión el hombre se puede acercar desde el ámbito teologal.

4º. La técnica alcanza a la superficie del sufrimiento, pero no llega más allá ni profundiza en él. A veces no acierta a unir a quienes sufren con quienes consuela, al paciente con el que cura. ¿La familia, la sociedad y el entorno vital del que sufre qué lugar ocupan en su curación y en los proyectos solidarios? (SS 38).

5º. El sufrimiento, directa o indirectamente, parece ser casi inseparable de la existencia terrena (SS 35). Nosotros con esta reflexión desde la teología queremos encontrarnos con los hombres, como víctimas, en el estado del sufrimiento.

6º. La estructura social o la sociedad como estructura está dando respuestas burocráticas a esta situación ¿Acaso se dan respuestas participativas y humanas en las que los hombres fomenten las relaciones interpersonales y se llegue al fondo del problema? ¿cuáles son? ¿No es verdad que la sociedad actual está alejando a los ciudadanos de todo aquello que simbolice dolor, muerte, miseria, aunque/porque ella misma es la causante de estos fenómenos?

---

<sup>1</sup> Cf. Juan Pablo II, *Carta apostólica ‘Salvifici doloris’* 5; Benedicto XVI SS, 36.

<sup>2</sup> J.R. Busto “Cuando el dolor pone a prueba la fe”, en *Sal Terrae* (1984) pp. 615-626; M. Flich-Z. Alszeghy, *Il mistero della croce*, Brescia 1978; H. Haag, *El problema del mal*, Barcelona 1981; D. Sölle, *Sufrimiento*, Salamanca 1978; A. Torres Queiruga, *Recuperar la Salvación*, Madrid 1979. Puede añadirse la reflexión clásica en torno a los escritos de J.P Sastre, A. Camus, G. Bernanos, etc.

7º. En definitiva ¿cual es la aportación cristiana al enigma del sufrimiento? ¿Cuál es el compromiso de los cristianos ante el dolor y el sufrimiento?<sup>3</sup> ¿Dónde, según la encíclica *Spe Salvi*, se refleja la solidaridad con las víctimas?

Nuestro trabajo quiere estar abierto a una comprensión interdisciplinar. Están presentes ciencias como la medicina, la sociología, la política participativa, la filosofía y la teología. En este caso la Sagrada Escritura, la Cristología, la Teología de la Cruz y la Teología práctica es el marco de reflexión. El horizonte concreto de estudio está en la encíclica *Spe Salvi* en la relación existente entre esperanza y solidaridad con las víctimas ya que una reflexión sobre el sufrimiento y el problema del mal superaría el marco de nuestra aportación a este comentario<sup>4</sup>.

La reflexión teológica acerca del problema del sufrimiento busca una/la respuesta a la pregunta sobre el “por qué” de su presencia en el hombre. Esta pregunta es una expresión de otra más esencial, estudiada en la teología y en la filosofía, el por qué de la existencia del mal. La dificultad para encontrar una solución definitiva no impide el compromiso en pro de las “soluciones” que nacen de la ayuda samaritana y de la búsqueda del sentido<sup>5</sup> como aparece en esta encíclica de Benedicto XVI. Jesús de Nazaret y la comunidad de sus seguidores muestran el valor de la respuesta radical, individual y asociada, al enigma del dolor.

## 2. La esperanza y su relación con la acción y con el don de Dios (SS.35).

Benedicto XVI, al hablar del sufrimiento como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza, comienza analizando el valor de la acción. La esperanza tiene relación con la acción: la actuación es esperanza en acto tanto para solucionar un cometido o tarea como para colaborar con nuestro esfuerzo a construir el futuro.

<sup>3</sup> Cf Juan Pablo II, Carta *Salvifici Doloris*. Encontramos aquí una sencilla y profunda reflexión sobre la actitud de Jesús y de su enseñanza ante el dolor: el mundo del sufrimiento humano; a la búsqueda de una respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento; Jesucristo: el sufrimiento vencido por el amor; partícipes en los sufrimientos de Cristo; el evangelio del sufrimiento; el buen samaritano.

<sup>4</sup> El lector puede acercarse a algunas de las lecturas que hemos tenido presente en la elaboración de este trabajo: AA.VV., *El dolor*, Madrid 1992; S. del Cura Elena, “El sufrimiento de Dios en el trasfondo de la pregunta por el mal. Planteamientos teológicos actuales”, en *Revista española de Teología* 1991; A. de la Fuente Adánez, “Job y el siervo de Yahvé: dos interpretaciones del sufrimiento”, en *Revista española de Teología* 51 (1991); E. Dussel, *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid 1998; V. F. Frankl, *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Barcelona 1987; A. Galindo García, “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios”, en AA.VV. *Coram Deo. Memorial*, Salamanca 1997 pp. 111-126; M. Horkheimer – T.W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid 1994; P. Lain Entralgo, *Antropología de la esperanza*, Barcelona 1978. Id. *La espera y la esperanza: historia y teoría del esperar humano*, Madrid 1985; J. Maritain, *Y Dios permite el mal*, Guadarrama, Madrid 1967; J.M. McDermott, *The Bible on Human Suffering*, United Kingdom 1990; L. Negri, “Consideraciones sobre *Salvifici doloris*. La redención del hombre, implica la redención del dolor”, en *Commúnio* (2001); Juan Pablo II, Carta apostólica *Sentido cristiano del Sufrimiento Humano*, Roma 1984; J.L. Ruiz de la Peña, “Dios Padre y el dolor de los Hijos”, en *Staurus* Madrid 1999; J. Sobrino, *La fe en Jesucristo ensayo desde las víctimas*, San Salvador 1999.; G. Gutiérrez. *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, Salamanca 1986.

<sup>5</sup> A. Galindo García, “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios”, en AA.VV., *Coram Deo. Memorial Prof. Dr Juan Luís Ruiz de la Peña*, Salamanca 1997, pp. 111-126.

Pero, para que la esperanza no se convierta en fanatismo o en cansancio es preciso que esté iluminada por la luz de una esperanza grande que no puede ser destruida. “Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo”(SS.35). Nos referimos al fin último, cumbre de la esperanza que se hace presente en cada acción esperanzadora

Se trata de la relación entre esperanza y certeza. Esta relación no nos la consiguen nuestras fuerzas sino la esperanza en el amor de Dios. “Así por un lado de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y presenta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios” (SS. 35). Si no estamos ciertos de la existencia de la meta, no correremos en la carrera. Esa certeza es resultado de la fe y de la razón. Fe y razón se complementan purificándose mutuamente (DCE 28).

Quizás tenga razón G. Vattimo al afirmar que “el actuar y el sufrir son ejercicios de esperanza, y de esperanza compartida, puesto que el cristiano sufre con el prójimo y no se siente nunca solo”<sup>6</sup>, pero, aunque este autor diga que el Papa pone el acento más en el sufrir que en el actuar, nuestra interpretación del texto confirma que el sufrir puede afrontarse si se trata de una actuación seria y recta ya que la lucha por salir del sufrimiento es esperanza en acto: “colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano y se abren así las puertas hacia el futuro” (SS 35).

Desde este contexto el documento papal pone de manifiesto que el origen antropológico y científico del sufrimiento y la palabra de la Sagrada Escritura (SS 4-9) sobre el mismo son la antesala racional y teologal de la búsqueda de la solidaridad con las víctimas y del compromiso cristiano en favor del enfermo y en la lucha por erradicar el dolor. No olvidamos que la esperanza en superar y asumir el sufrimiento tiene que ver tanto con la acción, la lucha y el esfuerzo como con la certeza de que al final la felicidad es un don de Dios.

Por esto, en este apartado fijamos nuestra atención en la razón de ser de la solidaridad con los sufrientes en cuanto acción para descubrir cuál es y cómo deben ser la tarea y la labor que los seres humanos hemos de realizar en favor de los que sufren. Si no estuviéremos seguros de poder aliviar a quienes sufren, nuestra actitud sería pasiva<sup>7</sup>.

Ante la objeción Nietzschiana al cristianismo (principalmente a la Iglesia católica) considerada como negación de los valores humanos, el cristianismo se presenta con una postura activa en acción que anima críticamente a los sufrientes frente al dolor y con la certeza en las promesas divinas.

Por una parte, la espiritualidad cristiana relaciona el dolor con verdades fundamentales de la fe: creación del hombre y Redención por Cristo en la Cruz. En el cristiano, la lucha en contra del dolor es una batalla en contra del mal. Por ello, el cristiano descubre en las situaciones que causan dolor una posibilidad, ascética y espiritual, de compartir el sufrimiento del Cristo crucificado y de identificarse místicamente con él.

<sup>6</sup> Cf. G. Vattimo, *Consideraciones sobre la esperanza*, en *El Mundo*, 12 de enero 2008, pp. 4-5.

<sup>7</sup> I. de Finance, *Ensayo sobre el amor humano*, Madrid 1966.

Aunque el mal es visto en relación con el pecado y con la culpa, es considerado sin embargo más como medio de expiación y de perfeccionamiento que como castigo y depresión neurótica.

Por otra parte, en el **plano de la acción**, la actitud cristiana para con el sufriente es caracterizado por el amor, “sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar” (SS 35). Se manifiesta en la imagen del comportamiento real del cristiano: No se desprecia de forma espartana a los que sufren sino que se les honra. El cristianismo siempre ha valorado positivamente la ciencia a aquellos que luchan a favor de los sufrientes. La oración de la Iglesia por los que sufren y la oración personal ocupa un lugar muy importante en la liturgia y en la celebración y como ejercicio del esfuerzo esperanzador (Cf. SS 32 y 34). Incluso la Iglesia tiene varios sacramentos en los que aprende a vivir la experiencia del dolor (Unción, Penitencia, Eucaristía). La encíclica nos ofrece el testimonio de Nguyen Van Thuan: “Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de soledad” (SS 32).

La Iglesia sabe que “cuando acoge con amor y con generosidad cualquier vida humana, especialmente si ésta es débil o está enferma, vive un momento fundamental de su misión” (*Christi fideles Laici* 38). El Papa Juan Pablo II se inspira asimismo en su carta *Redemptoris Missio* 78 donde aparece el valor salvífico del dolor al afirmar que “el valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en la propia carne ( cf. Col 1,24)”.

Esto nos puede ayudar a encontrarnos con el alma de la Iglesia que quiere comprometerse en favor del que sufre. Se trata de sensibilizar al Pueblo de Dios y a las múltiples instituciones sanitarias católicas y a la sociedad civil, en la necesidad de asegurar la mejor asistencia a los sufrientes; de ayudar a quien se encuentra en situación de dolor a valorar humana y sobrenaturalmente al sufrimiento; de implicar en la pastoral en favor de los débiles de forma especial a las Diócesis, las comunidades cristianas, las familias religiosas; de favorecer el valioso desarrollo del voluntariado; de recordar la importancia de la formación espiritual y moral de los agentes pastorales comprometidos y de hacer que se comprenda mejor la importancia de la asistencia humanitaria a los débiles por parte de los responsables de las comunidades cristianas y de las entidades políticas y sociales.

### 3. El sentido del sufrimiento y del dolor<sup>8</sup>.

La solución del problema del sufrimiento es una tarea profundamente humana, ya que la cuestión del dolor es tan vasta como la misma historia del hombre. Es un tema profundamente humano pues no hay hombre que no haya sido tocado directa o

<sup>8</sup> A. Galindo García, *La recuperación... o.c.*, pp. 110-126. La cuestión del sentido del dolor y del sufrimiento ha sido estudiado de forma interdisciplinar: Cf. AA.VV., *Nuevas antropologías del siglo XX*, Salamanca 1994; J. Alfaro, “La cuestión del sentido y el sentido de la cuestión”, en *Gregorianum* (1985) pp. 387-403; J.L. Ruíz de la Peña, *El último sentido*, Madrid 1980.

indirectamente por el dolor. Por esto, nos preguntaremos en este apartado acerca de la respuesta de sentido que hoy se da frente al dolor, sobre el sentido cristiano del dolor y sobre las fronteras de la lucha contra el dolor desde el plano moral: la realidad existencial del sufriente es muy diversa (jóvenes, adultos, niños), los ambientes son diversos (regiones, epidemias), diferentes son los tipos de dolor (guerra, delincuencia, violencia de todo tipo), y existe una sociedad doliente.

El choque con la propia debilidad y con el dolor pone en funcionamiento un movimiento en el que se hace una nueva lectura del mundo, conscientes de que se ponen en peligro dos dimensiones de la vida:

\* El dolor como violación de la propia integridad. Esta pérdida de integridad se vive a veces sacrificando la parte por el todo; en ocasiones con incertidumbre respecto al futuro; otras veces se siente más a nivel social que personal (un acabamiento psicológico del propio estrato social con sentimientos de abandono y soledad) como el Papa dice con las dolencias psíquicas (SS 36).

\* El dolor afecta a la identidad personal. Antes de la aparición del dolor, la identidad personal esta ligada al trabajo y a la función social y familiar. El dolor priva de esas funciones. Como consecuencia se pierde la independencia y la conexión y asimismo el dolor afecta a la identidad teológica para aquellos que piensan que un Dios bueno no debería permitir el mal. Por ello, veremos ahora la necesidad de dar sentido al dolor y el sentido cristiano del sufrimiento.

### 3.1. *Dar sentido al dolor, hoy*<sup>9</sup>.

Comenzamos afirmando que no es sólo hoy, con la absolutización de la ciencia, cuando se intenta dar una respuesta válida al problema del dolor. Al contrario, hay que reconocer que algunas causas del dolor están aumentando con el progreso de la sociedad: es esta la otra cara del progreso (Cf. SS 20). Es verdad que muchas causas de los sufrimientos han desaparecido con el progreso. Pero también es cierto que las causas “voluntarias” del dolor han aumentado: v.gr. la guerra, los nuevos escenarios de violencia. También es verdad que la guerra existía en las sociedades primitivas, pero su poder destructivo era limitado; sin embargo hoy es ilimitado: las dos últimas guerras mundiales no han tenido igual en toda la historia. Por ello, Benedicto XVI denuncia en la encíclica la ‘cultura del progreso’ y el error del planteamiento marxista que están en la raíz de las grandes calamidades del siglo XX, ‘dejando tras de sí una distinción desoladora’ (SS 21).

En la cuarta era del mundo (tecnológica, espacial, atómica) existe la posibilidad de autodestruirse y de no conocer “el día después”. Ha aumentado una especie de incremento de nuevas formas de sufrimiento: se piensa en la victoria sobre algunas y el incremento de otras: las enfermedades inmunodepresivas etc. Por ello, el Papa habla de la atención a las enfermedades psíquicas, pues estas dolencias hacen que vaya creciendo la sensibilidad ante el dolor (Cf SS 36).

Pero surge asimismo una segunda sensibilidad que tiene su origen en la mentalidad hedonista propia de las culturas industrializadas: la búsqueda del placer hace que se luche

<sup>9</sup> Juan Pablo II, *SD* 9

con la aceptación del dolor aumentando la mentalidad obsesiva frente al dolor. Surge aquí una especie de mecanismo de defensa, lo mismo que se tiende a ocultar la muerte y sus signos así se busca ocultar el dolor dejando la reflexión para los médicos y especialistas y llegando en algunos casos como en la eutanasia a dejarlo todo en manos de los médicos encargados de dar u ofrecer al sufriente-enfermo la “muerte piadosa”.

Sobre esto es significativo recordar el “Manifiesto sobre la Eutanasia” publicado en 1974 por cuarenta personalidades del mundo de la ciencia y de la cultura entre los que se encuentran los premios ‘Nobel’ J. Monod, L. Pauling y G. Thompson. El texto adolece de la mínima creencia en la capacidad de la persona de asumir el sufrimiento y le concede una capacidad de decisión y autonomía personal muy dudosa en momentos en los que la libertad de decisión está cuestionada<sup>10</sup>:

“Afirmamos que es inmoral tolerar, aceptar e imponer el sufrimiento. Creemos en el valor y en la dignidad del individuo; esto implica que se le trate con respeto y se le deje libre para decidir razonablemente su propia muerte... En otras palabras se necesita poner el medio de morir dulcemente, fácilmente a cuantos están afligidos por un mal incurable o por lesiones irremediables, en el último estadio. Es cruel y bárbaro exigir que una persona se le mantenga en vida contra su voluntad y se le rechace su deseada liberación cuando su vida ha perdido dignidad, belleza, significado y perspectiva de futuro. El sufrimiento inútil es un mal que debería ser evitado en las sociedades civilizadas”<sup>11</sup>.

Sin entrar en el análisis de las cuestiones concretas que están tras de esta propuesta como son la eutanasia y el suicidio como medio de liberación, subrayamos que la cultura que se deduce de este manifiesto de tipo nihilista carece de coraje moral de orden trascendente y sin capacidad de aceptación del dolor definiendo como inútil todo aquello que no tenga la certeza de la curación u optando por el camino cómodo y des-comprometido de llegar a preferir la supresión del sufrimiento que nace de la pobreza eliminando a los pobres. Por ello, siguiendo la enseñanza de *Spe Salvi*, entramos brevemente en una reflexión en torno a la cultura del nihilismo, extendida en occidente desde hace más de 150 años, que apoya y favorece una visión negativa del dolor y como consecuencia de solidaridad con las víctimas.

Entendemos por nihilismo como aquella actitud filosófico teórica, con tendencia práctica y vivencial, por la que se retiene que no existe nada trascendente y absoluto: es la negación del ser como valor fundante de todas las realidades individuales, la negación del Ser Trascendente como origen y fin de todos los seres, la negación del valor objetivo de la conciencia y de la posibilidad de afirmar la verdad y la negación de la objetividad de los valores morales. Sin embargo, “La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana” (SS 38).

¿Por qué el nihilismo hace perder el sentido del dolor? la razón es sencilla: para captar el sentido del dolor es necesario estar seguro de que cualquier cosa existe más allá del

<sup>10</sup> Cf. A. Galindo García “Consentement éclairé”, en Pontificio Consejo para la familia, *Lexique des termes ambigus et controversés sur la famille, la vie et les questions éthiques*, Ed Pierre TÉQUI, Paris 2005, pp. 147-159.

<sup>11</sup> Civiltà Cattolica, *Editorial*, 19 de Noviembre 1983, pp. 313-314.

dolor mismo, como valor absoluto que relativiza el dolor. Si la vida no tiene consistencia ontológica ¿que sentido tiene el dolor en la vida? Para descubrir el sentido del dolor es preciso tener la certeza y la esperanza en su solución y mirar al final o la meta.

En la sociedad contemporánea se podrá salir de este nihilismo si existe esperanza. Pero se podrá seguir un camino si existe la certeza de una meta. Sin meta, no hay camino. La peste del nihilismo es la peor desgracia que puede sobrevenir a la humanidad por su negación de las certezas. Donde no hay certeza y verdad por una vida llena de ser y de amor, se instaura la psicología del suicidio y se prepara la destrucción del espíritu.”El individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza”

### 3.2. *Hacia una teología cristiana del sentido del dolor.*

Dice Simone Weil que “el cristianismo no explica el sufrimiento, lo usa”<sup>12</sup>. El sufrimiento contribuye a sacar recursos interiores como el coraje, la perseverancia y hacer madurar otros valores como la tolerancia y la oración. El mérito del cristiano de hoy y del futuro no estará en sus posibilidades competitivas y cuantitativas en el marco social cuanto en la capacidad cultural de dar sentido al hombre, la primera de todas las realidades, y a sus dolencias<sup>13</sup>; es la capacidad de dar sentido al dolor humano (SS 37): saber responder al problema del dolor y de la muerte es el reto del cristiano de hoy y del mañana.

En primer lugar, esta tarea tiene dos fuentes y referencias prácticas: cómo dar sentido al dolor inevitable y cómo combatir y aliviar el dolor destructible de forma solidaria. Comprender el sentido, como primera tarea, es comprender el origen del mismo y comprender la posibilidad de darle un valor. Por ello, nos acercamos ahora a intuir algunas propuestas para seguir haciendo una teología del sentido del dolor.

Estas tareas han de responder a la pregunta ya histórica ¿por qué el dolor en el mundo? Esta respuesta se dará no sólo a la identificación mal-pecado, sino que se tiene en cuenta el dolor “inocente”, aquel que proviene de la situación connatural del hombre y aquel que tiene su origen en la culpabilidad humana. Por ello, el Papa insiste en la necesidad de impedir el sufrimiento de los inocentes (SS 36) como anticipo solidario de la solidaridad con las víctimas. Aún sabiendo que el sufrimiento no se puede extirpar por completo de este mundo, “esto sólo podría hacerlo Dios y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella” (SS 36).

La cultura laica no tiene respuesta antropológicamente válida a esta pregunta. Sus presupuestos son iluministas: el concepto de la radical bondad del hombre coloca al ser humano lejos del problema porque apaga la sensibilidad solidaria con la profundidad pecadora del ser humano, como hizo Jesús de Nazaret. Por esta vía no se explica ni el mal moral ni el mal físico. Asimismo, hay un presupuesto de racionalidad científica: que considera al indefinido progreso humano, o la cultura del progreso, como la llama Benedicto XVI, como la fuente y la fuerza para su liberación total. Se tratará de encontrar una organización científica de la sociedad, de las instituciones y de la economía para dirigir la libertad del hombre.

<sup>12</sup> Cf. S. Weil, *El conocimiento sobrenatural*, Madrid 2003.

<sup>13</sup> V.. Frankl, *La pregunta por el sentido*, Barcelona.

Sin embargo, en segundo lugar, si el sufrimiento no tiene su origen último ni exclusivo fuera del hombre, es necesario volver a la explicación bíblica y cristiana según la cual el mal natural nace del hombre y dentro del mismo y se manifiesta en la sociedad en cuanto es la expresión primera del hombre. Por ello, Benedicto XVI invoca la colaboración del cristianismo para salir de esta crisis, ya que la fuerza del camino de Cristo ayuda a encarnarse en las raíces y en el origen real del sufrimiento (Cf. SS. 39).

La teología católica afirma que una respuesta de tipo filosófico y científico es necesaria pero no es suficiente (SS 37). Agustín, Anselmo, Tomás de Aquino afirman que el mal físico es carencia del ser (carentia entis). Esto quiere decir que no tiene una realidad “per se” existente (como una planta... ) sino que existe en una carencia, en una negación de la vida. Lo que realmente existe es la vida. El mal es una carencia.

Aquí aparece una primera constatación optimista: el dolor pasa, y la vida permanece. Metafísicamente hablando y siguiendo a K.Barth<sup>14</sup> el mal es “la zona de sombras” que acompaña a la criatura y que incluye lágrimas, daños, dolores y muerte. Pero la revelación cristiana afirma que el Creador había tratado con privilegio a la criatura humana y con su bendición había suprimido las zonas de dolor y de sufrimiento. La narración del Génesis pone en claro la armonía existente en el hombre en el alba de la creación con el fruto de la bendición divina.

Asimismo, la revelación afirma que el origen subjetivo del mal moral y de sus consecuencias no es sólo el límite creaturable del hombre y de su ruptura culpable con la comunión con Dios, sino también de la subjetividad demoníaca que ha invitado al hombre a producir esta ruptura y seguir esta orientación negativa.

Asimismo, en tercer lugar, el discurso sobre el origen del mal y del sufrimiento humano es uno de los puntos focales de la antropología cristiana. Sin esto no comprenderíamos el discurso evangélico y cristológico de la liberación total del mal. Así nos lo presenta el Concilio Vaticano II: “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida, cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en el estado de salvación perdida por el pecado”(GS 18).

Resumiendo esta aproximación al sentido cristiano del dolor, se puede decir que dar sentido al dolor significa sobre todo clarificar el problema del origen. A ello, la Biblia responde con la conexión y unidad Creador-creatura y con la conexión-relación pecado-dolor.

Pero la teología no se queda ahí. Da algunos pasos más buscando el posible valor del dolor. Lo encontramos especialmente en obras de espiritualidad. El dolor en sí es sufrimiento, índice y efecto de una carencia, hijo del mal. En este sentido no tiene valor positivo. El valor positivo está en la superación del dolor y lo tiene la redención que el amor imparte en la presencia/s del dolor. Se trata del sufrimiento compartido como hizo Jesús de Nazaret: “en efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su

<sup>14</sup> Cf. K. Barth, *Ensayos teológicos*, Barcelona 1978.

sufrimiento, de modo que este llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor” (SS 38)

Por otra parte, la Biblia nos ofrece un sentido pedagógico del dolor. En el deuteronomista se subraya este carácter pedagógico afirmando que el sufrimiento es como la llamada de Dios hecho en forma de castigo ante la ruptura de la alianza por parte del pueblo y de cada individuo.

En este contexto descubrimos en la Biblia el sentido de prueba de este castigo pedagógico. El dolor es una prueba para el justo más que un simple castigo por sus culpas. Es el gran drama de Job. La prueba consiste en el hecho en el que el inocente se siente cargado del dolor a pesar de la inocencia y es tentado a atribuir a Dios la responsabilidad de lo que le sucede. Por ello, la prueba se supera únicamente por la sucesiva intervención de Dios<sup>15</sup>. La esperanza es un don de Dios como decíamos más arriba: “nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que ‘quita el pecado del mundo’ (Jn 1,29) está presente en el mundo” (SS.36).

Por otro lado, otro tipo de sufrimiento es el llamado “dolor vicario”(redentor) como el de Moisés. Elías, Oseas, Jeremías. Se trata de un sufrimiento redentor que será explicitado profundamente en Cristo. Estamos ante el sentido redentor del dolor (Cf SS 36). Aquí nos encontramos con la profundidad del dolor en la que Dios mismo en la persona de Cristo se ha hecho sufrimiento y ha venido a compartir nuestros sufrimientos. Así y en el marco del Misterio Pascual, el dolor con la experiencia de Cristo aparece como un valor. Estamos ante el sentido salvífico del sufrimiento<sup>16</sup>. O el que aparece en las renunciaciones por amor de los grandes testigos de la historia: “También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y al amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma” (SS 8).

Por lo tanto, se han de tener en cuenta la búsqueda del sentido del dolor para luchar en contra del sentido del “dolor vacío”. No se ha de olvidar la lucha contra las causas voluntarias del dolor humano, la evangelización del dolor de los sufrientes y la tarea de ofrecer en las instituciones y comunidades cristianas ejemplos de preocupación por el mundo de dolor, como veremos más tarde.

#### 4. Origen del Sufrimiento como mal (SS 36) y solidaridad con las víctimas

“El sufrimiento forma parte de la existencia humana”. ¿Cuál es el origen del sufrimiento?: El sufrimiento procede de nuestra finitud, de las culpas acumuladas en la historia y de las culpas del presente. Ante la crítica que los ateísmos han hecho de la religión y del cristianismo decimos que no puede haber un Dios que permite los sufrimientos, el Papa afirma que hay que contestar a este dios precisamente desde la moral. Según esto, pensar que como no hay un Dios que crea justicia “ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia”, tal pretensión de que la humanidad

<sup>15</sup> Cf. Juan Pablo II, SD 6.

<sup>16</sup> Id. 1.

pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrinsecamente falsa” (SS 42). La respuesta del Papa se hace desde el pensamiento de la escuela de Francfort.

Por una parte, en el origen del sufrimiento encontramos la prevalencia del reino del más fuerte ya que “la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira” (SS 38).

Buscando el origen del sufrimiento Benedicto XVI lo encuentra fuera de Dios pues “un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno” (SS 42). Las crueldades de los dos últimos siglos no puede ser obra de Dios. El origen está en un mundo que quiere crear su justicia por sí mismo y en un mundo sin esperanza. Por ello, gran parte del sufrimiento actual hay que buscarlo en la falsa interpretación de la historia surgida a partir de la Ilustración.

#### 4.1. Algunas posturas ante el sufrimiento como un mal.

Lo primero que se ha de plantear en cuanto al origen es el sufrimiento como mal ¿cuál es el origen del mal? En la Escritura Sagrada podemos leer: “Quien pecó, éste o sus padres?” “Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos entregado”. Estos dos textos bíblicos expresan que el origen de los males físicos y sociales como tales que traen consigo sufrimientos está en el hombre libre y en la sociedad. Aunque ha sido resultado de grandes estudios, veamos brevemente cómo algunos autores modernos sitúan el origen del sufrimiento<sup>17</sup>.

Hoy usando una expresión Kierkegaardiana “el mal moral” no está sólo en la mala organización de la sociedad. Hay algo más profundo que afecta al concepto de persona, al faltar una cultura que nos acerque al sentido y significado de la misma: desde el campo psicológico se habla del hombre como aquel ser con personalidad psicológica. En este sentido, la persona se identifica como un “personaje” o un individuo. El holocausto alemán, las legislaciones sobre el aborto, los abortos practicados han banalizado el concepto de persona situándolo en el precipicio de la nada al considerarlo como individuo objeto de consumo.

Desde Hegel ha dominado una cultura del imanentismo filosófico para quien no existe en el hombre un centro del ser, una autonomía unitaria, libre y responsable. Existe sin embargo la Idea del guía-Estado, ser impersonal, o la fuerza de la “raza”, o la economía de clases, ‘el dominio del más fuerte’ o el sin-sentido de Sartre. En esta cultura falta una consideración ontológica de la persona humana y del concepto de trascendencia del ser.

Los documentos de Puebla, aún con el peligro de caer en este reduccionismo hegeliano, quieren dar un paso en la búsqueda de la superación de estas visiones psicológicas, economicista, estatalista y científica de la persona. Será Juan Pablo II quien, tanto en los discursos en torno a Puebla y en Iberoamérica, como en la *Redemptor Hominis*

<sup>17</sup> Juan Pablo II, *SD 7*.

tanto en el marco de la Nueva evangelización como de la promoción de los valores reconozca la plena dignidad humana iluminada por la fe y la razón.

Durante las últimas décadas, cuando se intenta hablar del sufrimiento y de cuanto nos lleva a erradicarlo, se unen determinados sectores del mundo de las ciencias del hombre. Nos interesa acercarnos solamente a aquellas posturas que de forma directa o indirectamente están reflejadas en la encíclica *Spe Salvi*:

En primer lugar, nos encontramos con las ciencias empíricas, la psicología o las ciencias sociales. Estas consideran real y digno de consideración sólo lo que puede ser constatado, verificado o falsificado empíricamente. No se preguntan sobre el sufrimiento en sentido metafísico o teológico y no se acercan por tanto al sufrimiento en sus dimensiones más interiores y profundas del ser humano.

En segundo lugar, están las ciencias filosóficas. Tampoco hablan del sufrimiento en su sentido teológico. Si alguna vez hablan de religión y de la fe en Dios no lo hacen en su sentido de “fenómeno constatable” con las funciones y efectos empíricamente estudiados. Por eso, de aquí nacen algunas posturas:

Desde la escuela de Viena, K. Popper<sup>18</sup>, con su filosofía analítica, y Albert, con su racionalismo crítico, excluyen del análisis del sufrimiento como mal del hombre la problemática metafísica y teológica. Todo aquello, como la enfermedad, que no pueda ser estudiado con el método de las ciencias exactas es un falso problema.

Por otra parte, el marxismo coloca el sufrimiento monocausalmente en el mundo de lo económico. Cuando el sistema capitalista desaparezca y se instaure la sociedad consumista con el dominio correspondiente de la mano invisible, desaparecerá todo tipo de alienación y de las raíces del sufrimiento y del dolor. Pero como recuerda Benedicto XVI (SS 21) la dictadura del proletariado como fase intermedia ha fracasado y “en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora”. Marx olvidó que el hombre es siempre hombre y que la libertad es siempre libertad incluso para el mal.

Desde otra ladera, la escuela psicoanalítica de S. Freud sitúa el dolor en un ámbito reduccionista. El único sufrimiento que existe es el psíquico. La religión es una de las causas de la enfermedad ya que provoca sentimientos de culpa. Benedicto XVI tendrá en cuenta las dolencias psíquicas como objetivo de actuación solidaria (Cf. SS 36).

Por último, la nueva sociología asigna a la religión y a la teología un papel en el enfrentamiento al sufrimiento. La teología y la religión tienen como tarea dar un sentido al fenómeno del sufrimiento, de la muerte y de la enfermedad de manera que cada ciudadano pueda perder lo que estos males tienen de amenaza para la sociedad.

#### **4.2 Nuestra finitud y las culpas acumuladas ante el grito de los excluidos**

El sufrimiento que forma parte de la existencia humana “deriva de nuestra finitud y de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante en el presente” (SS 36). El dolor no nace de la acción creadora de Dios sino que es

---

<sup>18</sup> Cf H. Marcuse - K. Popper - M. Horkheimer, *A la búsqueda del sentido*, Salamanca 1998.

emanación de la libertad creada: ‘No fue Dios quien hizo la muerte, ni se goza con el exterminio de los vivientes. Pues todo lo creó para que perdurase, y saludables son las criaturas del mundo; no hay en ellas veneno exterminador, ni el imperio del abismo reina sobre la tierra’ (Sab. 11,26).

Las culpas acumuladas se han manifestado de forma especial en el campo económico, cuyo mal e injusto reparto o distribución ha casado tantos males en los dos últimos siglos. En relación con la economía de intercambio, notamos que el hombre tiene necesidad de intercambio e interdependencia. Con el objeto de buscar la equidad y la justicia en las relaciones interhumanas y entre los países resulta necesario el intercambio económico, realizado desde la libertad. Este intercambio favorecerá el movimiento de bienes y servicios que va configurando el comercio internacional por medio del flujo visible o invisible de bienes y servicios entre residentes y no residentes de un país, desembocando en un bienestar que suprima o alivie el sufrimiento.

Este intercambio ha de responder a las aspiraciones de un mayor nivel de bienestar y como oportunidad apreciable de acercamiento de pueblos y culturas. En este intercambio económico, además de la llamada mano invisible se da lo que James Stewart ha llamado “equiparación de valor”, es decir, el que un país tenga que entregar un bien de valor equivalente para su intercambio por otro va a ser el estímulo para salir de la pobreza y caminar hacia la riqueza. Por tanto, este intercambio solidario necesita ser realizado desde la libertad.

Este paso hacia el bienestar y hacia la riqueza pide ir potenciando una cultura del desarrollo auténtico y no de falso progreso. Pero la verdadera cultura del desarrollo ha de provenir de la “fuerza necesaria que nace de convicciones profundas. No hay que tener miedo al futuro”<sup>19</sup>. Se deberá, por tanto, recuperar el reconocimiento de la centralidad del hombre y de los valores de la persona frente al dinamismo impersonal de la técnica y de la burocracia. El primado del hombre significa también el privilegio de lo cualitativo sobre lo cuantitativo, del ser sobre el tener, del espíritu sobre las cosas. El intercambio, bien realizado, puede favorecer esta dimensión solidaria del hombre o, como Benedicto XVI afirma, “si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (Cf Ef 3,16; 2 Cor 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo” (SS 22)..

Pero a la vez se impone el descubrimiento del valor de la solidaridad en dimensiones que miran a las generaciones futuras. El discurso ético de los fines nos invita a fijarnos en los medios. Esto habrá que tenerlo en cuenta al tratar de la cultura autóctona en su proceso del desarrollo, sin olvidar los posibles desarrollos torcidos que la misma dinámica del intercambio pueda producir.

La solidaridad con las víctimas supone hoy inculcar la importancia del reconocimiento de los demás, lo que conlleva el respeto a su dignidad y el deseo de romper los niveles de desigualdad, exclusión y segregación que se han marcado en la sociedad occidental. En este sentido, la comunicación de bienes es tanto un deber cristiano como una exigencia de la misma naturaleza social del hombre que se desarrolla como tal en apertura dialogal con el otro semejante. Es decir, el compromiso con los sufrientes lleva consigo replantearse la justa distribución de los bienes.

---

<sup>19</sup> E.F. Schumacher, *Lo pequeño es hermoso*, Madrid 1984.

Podríamos comenzar diciendo que la lucha a favor de la igualdad, de la libertad y de la justicia tiene su origen en la experiencia de dominación y de desigualdades hirientes. La base de la justicia se encuentra en la experiencia histórica de explotación y de opresión. Se podría decir que hay exigencias de justicia porque hay víctimas que se reconocen a sí mismas o que son reconocidas por otros como tales víctimas. Sucede como en el campo bíblico y teológico: Dios es justo y salvador ante la situación de debilidad pecadora del hombre. Esta realidad le impulsa a encarnarse para ejercer su justicia.

El punto de partida de la ética solidaria es el grito, a veces sofocado otras ignorado de los sufrientes, de los oprimidos y excluidos. Así pues, como ocurre en la Sagrada Escritura, aceptar la interpelación que viene del sufrimiento exige ir más allá de la condescendencia paternalista tomando una figura encarnatoria<sup>20</sup>. Nace aquí la respuesta ideal y el consejo evangélico de hacerse pobre para sacar de la pobreza y de la miseria al ser humano.

¿Cómo se genera la solidaridad compasiva con las víctimas? Siguiendo a Adorno<sup>21</sup> vemos que no sólo se origina con la conciencia sino que se necesita la angustia real y el sentimiento de solidaridad con los sufrientes. En cuanto impulso moral, esta agitación espontánea tiene su manifestación en una urgencia y una impaciencia frente a la injusticia, que se resisten a un aplazamiento de la acción por motivos de racionalización o fundamentación. Hay problemas que están exigiendo una respuesta inmediata.

## 5. Actitud ante el sufrimiento

En el recodo de su interior, de la mano de Dios por el jardín maravilloso del universo, Job aprenderá de los misterios cotidianos de la creación a reconocer su puesto, sus límites, su ignorancia y el camino para vivir feliz. Aprende que el sentido del sufrimiento es el misterio de Dios mismo que no se encuentra en una solución doctrinal abstracta ni en una respuesta consolatoria. El dolor no se puede comprender en sí, sino que lo que importa es encontrar en el misterio de Dios que quiera salvar al hombre la razón para vivir también en el sufrimiento, sin desesperación y sin dimitir de su propio oficio de hombre. Al final (Job 42,5) Job se encuentra una definición de Dios sino la experiencia de un encuentro personal con Dios. Es la oración.

### 5.1 Capacidad de limitar el sufrimiento pero no suprimirlo(SS 37)

Podemos limitar el sufrimiento pero no suprimirlo. El hombre de hoy cae en el vacío porque quieren ahorrarse la fatiga de la verdad y del bien. “Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptación la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (SS 37). El Papa nos lo explica con el ejemplo de la vida del mártir vietnamita Le-Bao-Thin con su carta desde el infierno.

A través del sufrimiento Dios invita a la conversión. La intervención de Eliú en el libro de Job va orientada no tanto a buscar causas del sufrimiento cuanto a indicar los posibles beneficios que el hombre puede sacar del sufrimiento. El sufrimiento puede

<sup>20</sup> J. M. Pérez Charlín, “El desafío de la globalización”, en *Vida religiosa* 90 (2001) p. 18.

<sup>21</sup> TH. W. Adorno, *Dialéctica Negativa*, Madrid 1973.

hacer que el hombre se cierre en sí mismo pero puede también ayudar a crecer y a madurar.

El ejemplo de esta actitud de crecimiento y de maduración del hombre es Cristo que bajó a los infiernos no huyendo del sufrimiento sino aceptando la tribulación y encontrando en ella un sentido salvífico. Desde que Cristo se encarnó y bajó a los infiernos podemos ver que la grandeza de la humanidad está en la relación con el sufrimiento y con el que sufre (Cf. SS 38).

Se puede decir que Jesús no suprimió el sufrimiento pero si nos ayudó a entenderlo, a sumirlo, a madurar en él y a enfrentarnos a él. Él no pronunció discurso alguno sobre el dolor pero sufrió personalmente hasta la muerte en Cruz a pesar de ser inocente. El lenguaje de la Cruz es un escándalo y un enigma (I Cor 1, 18-23). A la vez es un acto de amor redentor. En esta alternativa de redención y enigma se moverá el dolor de sus discípulos. Este es el camino de limitación del sufrimiento ya que su supresión depende de la limitación intrínseca del ser humano inherente a su libertad.

## 5.2 Compartir el sufrimiento

Para conseguir la limitación del sufrimiento nos encontramos entre otros caminos con el de compartirlo: mediante la “consolatio”: compartir la soledad, la ‘consolatio’ o el “ser con en la soledad”. Lo mismo que Jesús no buscó el dolor, tampoco lo busca estoicamente el apóstol, como lo afirma en un texto citado anteriormente por Benedicto XVI: ‘Si hay que presumir, presumiré de mi debilidad’. Tanto nuestros sufrimientos como nuestros consuelos son de Cristo. El cristiano no sufre ni goza independientemente de Cristo y de los hermanos. Nosotros llevamos siempre en el cuerpo los sufrimientos de la muerte de Cristo para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros (2 Cor 4,10).

Asimismo, mediante el sufrimiento libre por amor, la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad. El amor frente al sufrimiento es la dimensión radical de la caridad. Pero la actitud de fondo ha de ser el caer en la cuenta que el extirpar por completo el sufrimiento no está en nuestras manos ya que no podemos desprendernos de nuestra limitación y no podemos eliminar el poder del mal con sólo nuestras fuerzas. El poder de la culpa permanece como una presencia terrible incluso para el futuro(SS 36).

Pero también el sí al amor es fuente de sufrimiento porque exige nuevas renunciaciones (la caridad radical como hacerse violencia a sí mismo). La caridad tiene un talante radical como aliento de una vida virtuosa vivida con exceso. Es decir, el término “caridad” es eminentemente religioso y, en su radicalidad, tiene una dimensión de entrega extrema y generosa. Quien ama y vive en caridad tiende a encontrarse a sí mismo en el amado sufriente. Estamos ante la dimensión mística de la caridad social.

La experiencia mística de esta dimensión de la vida de caridad se consigue haciéndose violencia consigo mismo y con los demás. Esta es la razón por la que algunos llaman a esta dimensión “carácter violento de la caridad social” y por tanto dimensión sufriente del amor. De esta concepción y dinamismo de la caridad nace el sentido y la fuerza teológica latente en las decisiones radicales del hombre cristiano, como es la opción a favor de la eliminación del dolor y del sufrimiento.

### 5.3 Modos de sufrimiento compartido

Hay algunos modos de sufrimiento compartido que se constituyen en elementos fundamentales de la humanidad del hombre. Sólo el hombre sufre, porque está abierto al mundo y éste existe para el hombre. El destino del mundo está ligado al destino del hombre. Se da por tanto una solidaridad entre el hombre y el universo en situación común de provisionalidad. El hombre que sufre es solidario de la creación (Rm 8,20)

Desde esta relación íntima hombre-mundo y cosmos, el ser humano tiene capacidad de llevar a cabo estos tres modos prácticos antropológicos de sufrimiento:

\* sufrir con y por los otros: Este modelo de sufrimiento es el que se refleja en el acompañamiento cercano a la persona que sufre. Se trata de tomar conciencia personal e interior del sufrimiento de los que van de camino junto a nosotros. El sufrimiento solidario del hombre con otro ser humano se hace extensivo a sufrir por el mundo y por el cosmos. El dolor del hombre tiene una dimensión personal, social, nacional y cósmica. No hay solamente un sufrir humano sino que en sentido analógico, al final hasta el cosmos será redimido. El gemido de la creación que sufre dolores de parto es expresión de la tendencia a superar todo lo que tiene en sí de caduco y defectuoso.

\* sufrir por amor de la verdad y de la justicia como aparece en la bienaventuranza última: Este tipo de sufrimiento se realiza cerca y lejos de la causa que lo provoca. Cuando alguien ve que se miente y se vive de la mentira o de la injusticia se produce en su interior un dolor visceral difícil de definir. Se acerca al dolor intelectual que afecta al espíritu más que a la dimensión física del hombre.

\* sufrir a causa del amor: Este modelo de sufrimiento es consecuencia del amor a otros. Por amar, una persona puede ser castigado o puede no ser correspondido. Para ello, según nos señala el Papa, tenemos el modelo en Dios, continuamente traicionado por la infidelidad humana. La respuesta de Dios es la de la misericordia ya que Dios no puede padecer pero puede compadecer. En este mismo contexto, sitúa el Papa las pequeñas ayudas y esperanzas de cada día en cuanto nos capacitan para asumir el sufrimiento y especialmente las pruebas graves. En todo caso esta capacidad o capacitación depende de la grandeza de la esperanza que llevamos en nuestro interior.

### 5.4 Disminución del sufrimiento

Para ello, el Papa nos invita a impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes y a aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Lo presenta como una preocupación de la sociedad pero primeramente del individuo y de la persona. Una sociedad que no comparte el sufrimiento es una sociedad inhumana y cruel. Pero la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y encontrar en el sufrimiento un sentido que se alimente con la esperanza (SS 38).

Allá donde no llega la acción subsidiaria del Estado ni de las instituciones públicas, llega la caridad<sup>22</sup>. Hoy sigue habiendo inmensas zonas de desgracia donde llega y puede

<sup>22</sup> J. Azpiazu., *La moral del hombre de negocios*, término “caridad social”, Madrid 1949. Cf Benedicto XVI, DCE 30. A. Galindo García, “Hemos creído en el amor de Dios: la opción fundamental como orientación

llegar la caridad. Observamos tres niveles del ámbito donde la caridad puede ejercer su talante teologal:

El nivel personal o el de la acción individual es el más directo y espontáneo. Hoy, el contacto de persona a persona es indispensable ante una concepción del progreso que provoca y crea personas anónimas y produce falta de responsabilidad, aislamiento y despersonalización. En concreto, podemos observar cómo los enfermos y sufrientes que se encuentran solos porque los suyos trabajan, el anciano abandonado porque no produce y requiere cuidados y atenciones especiales, la madre soltera aún rechazada por la sociedad, el drogadicto, el alcohólico...están pidiendo ser reconocidos como personas y ser llamados por su nombre.

Será necesario llegar a ellos como personas, tomando el tiempo que haga falta, escuchando, aceptándolos como son. Para realizar esta tarea será preciso el contacto personal. Esta dimensión personal ayuda a descubrir los verdaderos problemas aunque es insuficiente, ya que muchas de las acciones personales tienen una dimensión social y estructural.

En cuanto al nivel colectivo observamos que cada día es más frecuente que los problemas se planteen a grupos de personas. Por ser grupo se requiere una respuesta también más amplia que la puramente individual. Hay grupos enteros marginados de la sociedad: las nuevas situaciones como la de los emigrantes llegados del campo o de otros países, los enfermos o ancianos, aquellos que nunca tienen reposo vacacional necesitan unas respuestas colectivas y duraderas.

Pero no sólo se debe contar con respuestas individuales y colectivas. El mal también nace de las estructuras. Existen nuevas dificultades que afectan a los más pobres. La vida actual trae consigo nuevas miserias especialmente en los países industrializados. Se debe tomar conciencia de la necesidad de trabajar en pro de la justicia. Como afirma Juan Pablo II, “esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad”(CA 10).

Los tres niveles necesitan de acciones concretas que tengan presente las categorías de la justicia y del bien común. Entre otras coexisten la acción educadora de las personas, la promoción de la vida asociativa y comunitaria, acciones promotoras del cambio social, atención a las causas de los pobres y la denuncia continua de las situaciones de injusticia.

### 5.5 Necesidad de testigos sufrientes.

El primer signo de presencia en medio del dolor es la misma persona sufriente, creyente o no creyente. Con su experiencia y su enfrentamiento al dolor aportan a la comunidad social una imagen de esperanza en el futuro y en la meta de la salud. Pero junto a ellos, se encuentran los santos y los mártires: “Necesitamos también testigos, mártires, que se han entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día” (SS 39). Hoy la

---

decisiva del cristiano”, en AA.VV., *Dios es amor. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI Deus caritas est*, Salamanca 2007, pp. 173-202

presencia humana y solidaria de la persona sufriente se puede manifestar, siguiendo el “tipo y la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos” (SS 39):

La situación misteriosa del que sufre nos ayuda a relativizar las cosas, especialmente las riquezas, el poder, los títulos, el prestigio. Asimismo, siendo realistas ya que el sufrimiento y el dolor son la cara realista en medio de la sociedad de consumo que vive de ilusiones pasajeras. Lo real es que el hombre es un ser precario. Lo ilusorio es consumir aquello que sirve de fundamento para salir de la precariedad.

Otra vía es el camino de la humanización. Acercarse a una persona que sufre o en actitud solidaria como voluntario o como profesional y encontrarse con un hombre sufriente sereno y lleno de paz es enormemente humanizador. El que sufre nos puede mostrar que el “ser persona” es más importante que el “tener cosas”. La cultura del ser es más importante que la “cultura del tener”.

Por último, es preciso tener en cuenta el espíritu crítico de quien sufre. El que sufre, especialmente el grave y el que no tiene suficiente para comer, critica frontalmente las grandes lacras de la sociedad consumista y productiva. La eficacia, el prestigio, el poder son insignificantes para una persona desahuciada. La envidia y el odio estorban ante el misterio del dolor. Lo que de verdad cuenta en el momento del dolor es la verdad y la solidaridad. El sufrimiento es una crítica al deterioro de la naturaleza, a la marginación de los pobres, a la mala distribución de los bienes y a los abusos del poder. Por eso, el dolor, la precariedad y la miseria junto con la muerte son objeto de ocultamiento a las sociedades consumistas por su crítica permanente.

La actitud/es ante el sufrimiento sigue todo un proceso de humanización que en síntesis, siguiendo el texto de la encíclica puede seguir los pasos siguientes:

1º. Las víctimas están sufriendo una alteración más o menos larga en el proceso normal de la vida. Esta situación se padece principalmente desde el centro decisorio de la persona humana aunque en muchos casos afecte físicamente al individuo. Visto desde el campo antropológico y cristiano una persona sufriente ha de ser ante todo un hombre que pueda decir en verdad “yo padezco mi sufrimiento”, es decir, este sufrimiento “es mío”.

2º. El hombre vive el sufrimiento no solo desde su estado sociofísico sino principalmente desde su fin último, objeto de la esperanza. Es decir lo vive desde una postura trascendente. Así el sufrimiento pone a prueba la fidelidad del hombre a su condición del cristiano como testigo de su fe o del hombre como fidelidad a su coherencia. Por eso, el sufrimiento propio o el ajeno es una llamada al testimonio y al compromiso radical.

3º. También es cierto que el dolor puede conducir a la rebeldía o a la resignación. Estas posturas serán auténticamente humanas o cristianas si van acompañadas de la libre oblación dando sentido al propio sufrimiento. “gozo sufriendo por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta a los sufrimiento de Cristo para su cuerpo que es la Iglesia”(Col. 1,14). Esto exige la aceptación de la propia situación de dolor ya que solo se puede ofrecer lo que se posee.

4º. Las situaciones de sufrimiento del hombre son ocasiones de pruebas testimoniales tanto para el que lo sufre como para los que lo contemplan. Por eso, como dice Jean Mouroux, “el dolor tiene un sentido magnífico de ser para el que sufre y para el que ve sufrir un

llamamiento a la caridad redentora, a esa caridad que es la imitación de Cristo, y por la cual el cristiano salva a otro salvándose a sí mismo”<sup>23</sup>. Es lo que llamamos proceso de humanización.

5º. En este sentido el proceso de humanización del sufrimiento lo vemos plasmado en el comportamiento de Jesús de Nazaret a través de la parábola del buen samaritano donde encontramos el momento de la disponibilidad y el del amor caritativo. La disponibilidad, como afirma Gabriel Marcel, es el hábito espiritual que nos mantiene abiertos a la existencia y a la vida concreta del prójimo y dispuestos a la consideración personal y activa de todo aquello en que esa existencia nos muestre su peculiaridad<sup>24</sup>. Y el amor caritativo o ágape es la donación liberal del que ama, es la efusión del ser en plenitud hacia el ser que vive en privación

El proceso del buen samaritano es el siguiente: vio a la víctima – se movió a compasión – se inclinó sobre él –le limpio las heridas – las curó con aceite y vino – le cargo sobre su cabalgadura – le llevó a la posada –se preocupó de cuidarlo –paga por él – volvió de nuevo a pagar.

## 6. Solidaridad con las víctimas y su memoria<sup>25</sup>

El punto de partida de la reflexión es la miseria de las víctimas. Esta miseria y estas víctimas son reales<sup>26</sup>. Jesús de Nazaret trae una oferta de salvación-liberación no como la de Espartaco o como la de Barrabás (SS4). Estos como algunos ideólogos de la modernidad han intentado establecer “el reino del hombre” como un paraíso sobre la tierra (SS 17 y 20). Como consecuencia, dice el Papa, la ciencia se ha convertido desde el siglo XVI en promesa sobre la tierra, aunque su uso de forma bárbara ha hecho caer este sueño (SS b16-18). Por otro lado, la razón y la libertad quisieron hacer una comunidad humana con la Revolución francesa y la Rusa, pero los defensores de la Ilustración como Kant o de la revolución como Lenin reconocieron que eran incapaces de hacer un hombre nuevo (SS 19-21) y sus proyectos de nueva sociedad dejaron sin esperanza al hombre personal (SS 30).

Estos intentos han demostrado que queda una respuesta moral: el hombre ha de responder con su libertad en cada generación de sus propios actos ya que ni los medios ni las estructuras libran al hombre del ejercicio de su libertad (SS 22-26). El Papa recuerda las respuestas al sufrimiento que hacen Adorno y Horkheimer. Estos niegan a Dios y también que se pueda encontrar un sustituto inmanente ya que este debería asegurar una respuesta a la injusticia del mundo (SS 42). Sin embargo, nos dirá el Papa que sólo Dios puede crear justicia y por ello un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (SS 44).

En conclusión, el dolor cuando es asumido, incluso querido como propio o aceptado críticamente, produce solidaridad con los otros que sufren y se crea una plataforma de solidaridad capaz de crear amistad con quienes le rodean.

<sup>23</sup> J. Mouroux, *L'expérience chrétienne*, París 1945.

<sup>24</sup> Cf G. Marcel, *En busca de la verdad y de la justicia*, Barcelona 1967.

<sup>25</sup> Cf. L.J. Reboló González, “Memoria subversiva y alternativas sociales”, en *Página abierta* 150, Julio 2004.

<sup>26</sup> Cf. Dussel, o.c., p. 328.

Últimamente hemos vuelto a oír cómo se utiliza la palabra *memoria* de modos tan diversos como interesados. Se puede ver cómo las víctimas irrumpen hoy y siempre en la historia oficial que hacen los vencedores y abren desde su potencial crítico nuevos horizontes ético-políticos. Pero, ¿qué dos formas tan distintas de apelar a la memoria del sufrimiento! Presentamos ahora<sup>27</sup> lo que la categoría “memoria” ha venido significando y cómo puede provocar a nuestros diversos intentos de llevar a cabo una praxis social más justa y solidaria.

La categoría “memoria” ha estado presente en el pensamiento crítico. La memoria del sufrimiento no puede considerarse un tema nuevo. No obstante, su dinamismo crítico podría ser el fundamento aún por descubrir de una acción alternativa mucho más incisiva. Th. W. Adorno recogía en su obra la siguiente intuición de G. Simmel esbozada en el contexto de la Segunda Guerra Mundial: es sorprendente lo poco que la filosofía se refiere al sufrimiento humano. Efectivamente, siguiendo la reflexión del Papa en *Spe Salvi* 22, una consecuencia de las pretensiones ilustradas es que la persona misma acaba convirtiéndose en un valor abstracto del mercado, desfondada de toda singularidad y reducida a un mero concepto, reducida a las cenizas de Auschwitz. De este modo, el sujeto va a la deriva de la más fuerte de las corrientes: el *do ut des*, doy para que me des, el interés<sup>28</sup>.

En este sentido, **Herbert Marcuse**<sup>29</sup>, autor crítico de la estructura social y cultural, es imposible vivir en la sociedad sin normas. El punto de partida de su crítica aparece en la imagen de una sociedad industrial considerada como “ídolo” por su principio de eficacia y de rendimiento, aunque esté en la raíz de muchos de los sufrimientos del siglo XX.

Esta idolatría no sería necesaria si la técnica permitiera desarrollar la espontaneidad. Sin embargo el hombre en este ambiente se reduce a un ser unidimensional cuando sacrifica la libertad y la creatividad en favor de la comodidad material. El hombre está inserto en el sistema. Atacar al sistema es absurdo ya que conllevaría atacarse a sí mismo. El origen de la violencia es tan fuerte que el hombre acaba abandonándose en él.

En el pensamiento de H. Marcuse, el mal aparece tanto como agresividad como adaptación pasiva y resignada. De todos modos es un autor que en la práctica confía en la capacidad de la razón y de la libertad humana de afrontar eficazmente el mal.

Adorno reaccionó interpretando la Historia como sufrimiento y fraguando un pensamiento que pretendía poner de manifiesto el dolor de las víctimas ante los poderes alimentados por el principio de dominio. La memoria del dolor no nos habla del “sujeto” o de la “humanidad” en abstracto, sino del otro concreto. M. Horkheimer reivindicaba, igualmente, la relación entre razón y memoria, de modo que el uso crítico del recuerdo se fue perfilando como el fundamento de la razón práctica. También otros pensadores como W. Benjamin o H. Marcuse proponían redescubrir el pasado como modo de suscitar perspectivas desafiantes para una sociedad establecida sobre las despersonalizadas leyes del canje.

<sup>27</sup> Cf. J.L. Rebolo, o.c.,

<sup>28</sup> Cf. H. Marcuse, *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*, Madrid 1971.

<sup>29</sup>H. Marcuse, *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*, Madrid 1971.

Pero, la memoria de las víctimas también puede ser entendida como mediación social. Adorno, por tanto, reivindica dos cosas: la dimensión subversiva de la tradición entendida como memoria de los sufrientes y su valor como mediación, porque «*cuando toda tradición se extingue, comienza la marcha hacia la inhumanidad*». El concepto “memoria” no quiere ser expresión de ningún tradicionalismo de aquellos que la razón ilustrada hizo entrar en crisis, sino un modo de hacer frente a las formas de filosofía crítico-prácticas de la Historia y la sociedad que evitan la relación entre razón e historia en beneficio de la razón abstracta, a-histórica y des-subjetivada. La memoria reclama una razón anamnética, un *logos* con memoria; es decir, un modo de pensar que no reduzca el sujeto a una abstracción conceptual sin referencia a la historia y a los procesos sociales. Por eso, una razón crítica debe asumir siempre el carácter biográfico del sujeto y de la persona concreta situada en su entorno histórico-familiar.

Pero, ¿cómo podríamos hacer de la memoria una forma de mediación crítica en nuestra praxis social? Nosotros contestamos: narrando. La narración es el lugar donde vive la memoria. Cuando cualquier tipo de represión recorta las libertades siempre se agudiza la memoria como expresión crítica. La mediación del recuerdo de la libertad es de naturaleza práctica: relatar historias peligrosas, porque en ellas se introduce, pervive y se trasmite el interés por la libertad. El papa recuerda a Bakhita, a los mártires...

La evocación de la libertad debe poner de relieve, en primer lugar, el recuerdo del sufrimiento. Este sufrimiento convierte la historia de la libertad en una “tradición peligrosa” que no puede ser superada ni asumida por ninguna interpretación o crítica posterior. *La memoria no es la evocación darwiniana de la historia de los vencedores, sino el recuerdo del sufrimiento que nos habla de la verdad de la Historia, de la Historia que no cuentan los libros oficiales.* Es la “tradición peligrosa” que no se deja historificar, sino que mantiene el vigor del grito de las víctimas. De este modo, la razón queda sensibilizada por el sufrimiento hasta el punto de que la libertad sólo puede ser expresada en referencia al sufriente, y no como el *a priori* de la razón, porque el *a priori* de la razón son ahora las víctimas.

Lo más importante para las víctimas y los familiares directos de víctimas de un hecho violento y traumático es superar la victimización. Superar la victimización significa liberarse del bloqueo destructivo que en lo personal, en lo familiar y en lo social produce la agresión en la víctima y en su entorno más directo. Superar la victimización no significa olvidar, significa que la víctima vence a su agresor porque se ha liberado de la carga de negatividad que éste depositó en su vida. Superar la victimización significa integrar el duelo y el sufrimiento en un horizonte de sentido constructivo para la vida de la víctima. Superar la victimización es recuperar la libertad y volver a integrarse como sujeto de la propia historia en las distintas esferas de la vida.